

La obra finaliza con un diagnóstico, para el cambio de milenio, centrado en la situación económica, la creciente desigualdad en el disfrute de la riqueza y el futuro político. Las perspectivas materiales son tan impredecibles como el devenir del capitalismo global, financiero, especulativo y surrealista. Y México, como demasiados lugares del mundo, es escenario de graves crisis financieras, aumento de la violencia política (el número de asesinatos es esperpéntico), protestas populares distintas que, además, han adoptado novedosas formas de lucha, brecha creciente entre explotadores y explotados como en todo el orbe. La dictadura incuestionada del PRI ha sido una de las variantes más originales y duraderas del parlamentarismo que tantos se empeñan en llamar democracia y dio la sensación de ser capaz de perpetuarse hasta el infinito cuando el muro de Berlín se desmoronó y se disfrazaban y maquillaban tantas dictaduras militares en América Latina impuestas por Washington. Pero el mañana es incierto, el PRI perdió la presidencia pero sigue controlando parlamento, mucho gobierno estatal y buena parte de la mastodóntica maquinaria burocrática al parecer inmovible y persiste la incógnita del gran enigma que es el enorme y poderoso ejército. Pero los problemas son muchos más, peso creciente del tráfico de drogas, culpable de que se descontrola la corrupción ya gigantesca, emigración en su mayoría clandestina hacia el norte o relaciones siempre fluctuantes, inquietantes y vagas entre México y Estados Unidos.

***Miquel Izard***

**Lagos, Marcelo, *La cuestión indígena en el Estado y la sociedad nacional. Gran Chaco 1870-1920, San Salvador de Jujuy, 2000, Universidad Nacional de Jujuy, 224.***

El trabajo analiza la población nativa de esta considerable región natural, casi 1 100 000 km<sup>2</sup>, la mayoría ahora en territorio argentino y paraguayo, que a partir de 1860 se empezó a explotar con diferentes intenciones para obtener algodón, tanino o construir ferrocarriles, lo que implicó el intento violento de utilizar aborígenes como siervos, a la vez que se les arrebatava su territorio, gracias a la complicidad entre colonos y militares. El autor no olvida mentar la enconada resistencia de quienes rechazaban la esclavitud.

En el primer capítulo se analiza el discurso integrador que Lagos piensa puede subdividirse en 2 etapas separadas por la llamada Campaña del Desierto (1879-1884). Si antes se pensó en eliminar a los nativos, ocupado el sur se dijo que las gentes del mundo chaqueño debían transformarse y perder sus rasgos de "salvajismo". Quienes controlaban el poder proponían conformar una socie-

dad multiétnica pero uniformada, sin cabida para el otro, aborigen o inmigrante; y se siguió hablando del viejo antagonismo civilización-barbarie ahora influido por el positivismo y el evolucionismo.

El trabajo se veía como la clave del proceso integrador, lo que suponía hacer salir al chaqueño de su territorio para laborar en haciendas, ingenios, obrajes o algodonaes, para satisfacer, como en todo el ámbito capitalista, la exigencia de mano de obra que, en la práctica, no se pensaba retribuir. En segundo lugar se confiaba que la educación domesticaría a los niños, terreno en el que el fracaso fue sólo equiparable al escaso esfuerzo dedicado a la intentona, mientras, como en el período colonial, se seguía encomendando la tarea a los misioneros a los que el estado dio considerable apoyo financiero.

Si el sistema consiguió, como en todas partes, siervos, la resistencia fue notable, generando un racismo que tenía a los chaqueños como ciudadanos de segunda clase con menores derechos o, lo que es lo mismo, como rebeldes a la civilización indignos de gozar de estos llamados privilegios. La resistencia iba de la vertiente activa, malones para obtener ganado, insurgencias influidas por profecías milenaristas o acciones armadas, hasta la vertiente pasiva, sabotaje, indisciplina, desidia laboral o abuso del alcohol.

Lagos acompaña diez testimonios, de la abundante literatura coetánea, que considera representativos (48-78).

El segundo capítulo explicita la respuesta de los intelectuales, desde el racismo a la denuncia, si bien la mayoría de posturas etnocéntricas decían que la gente de color debían desaparecer merced al principio de selección natural lo que todavía podía degenerar en la convicción de una superioridad argentina, copia del modelo norteamericano, derivada de, otro mito, la preeminencia de la raza blanca. En el otro extremo aparece una variante contestataria, en especial en el mundo literario, sacralizadora de lo nativo, el gauchaje y lo autóctono, del *Martín Fierro* a *Don Segundo Sombra*, además Lagos ha conseguido rescatar la casi desconocida narrativa de 5 escritores que editaron de 1891 a 1920, sobre el nativo chaqueño, con denuncias en especial antimilitaristas y anticlericales, por el papel jugado por ambos grupos en el acoso a la región y sus gentes.

El subcapítulo "Los ensayistas" dilucida rol, casi siempre nefasto, jugado por quienes escribieron obras generales para interpretar y explicar el país, del esperpéntico, por el cariz ofensivo de su obra, Sarmiento a Ingenieros o Bunge, que iban a la zaga del primero.

El tercer capítulo enjuicia la perspectiva estatal, donde la cuestión nativa no ocupó lugar destacado, excepto en el ámbito territorial o fronterizo, por lo que Lagos sostiene "la política indígena (si es que se puede hablar de una) fue errática, circunstancial, sin definición y sobre todo sin concreción, cuando hubo alguna propuesta" (186). Y enfatiza una notable diferencia entre el sur, donde el mejor nativo era el asesinado y el Chaco donde el mejor era el explotado, lo que también se puede calificar de genocidio, aunque no implicara el exterminio.

**Miquel Izard**